

**DOSSIER 1: EL ROMANTICISMO
SELECCIÓN DE POEMAS**



CASTELLANO: LENGUA Y LITERATURA
LITERATURA UNIVERSAL
2º BACHILLER
PROF. J. RAMÓN CERVERA

POETAS FRANCESES**ALPHONSE DE LAMARTINE****POEMA 1: AISLAMIENTO**

A menudo en el monte, bajo algún viejo roble,
viendo el sol que se pone tristemente me siento;
dejo que todo el llano mis miradas abarquen,
el cambiante paisaje que se extiende a mis pies.

Aquí el río con olas espumosas murmura,
serpentea y se pierde en oscuros confines;
allí inmóvil el lago es un agua dormida,
con la estrella de Venus adornando su azul.

En la cima, que bosques muy sombríos coronan,
el crepúsculo pone su fulgor postrimero;
y el brumoso carruaje que conduce las sombras
emblanquece, elevándose todo el amplio horizonte.

De la gótica flecha surge entonces un son
religioso que invade todo el aire; el viajero
se detiene y escucha la campana que mezcla
a los últimos ruidos de aquel día su canto.

Pero halagos así no conmueven mi alma,
que parece insensible, incapaz de emoción;
y contemplo la tierra como un vago fantasma:
no calienta a los muertos este sol de los vivos.

De colina en colina pongo en vano mis ojos,
desde el norte hasta el sur, de la aurora al poniente,
y me digo: «No existe ni un lugar en el mundo
donde pueda pensar que me espera la dicha».

¿Qué me importan los valles, los palacios, las chozas?
Sus encantos son vanos, para mí nada cuentan.
Ríos, montes y bosques, soledades amadas,
sólo un ser está ausente y todo es un desierto.

Miraré indiferente los caminos del sol,
qué más da si en su inicio o en su parte final;
si se pone o si nace entre nubes o azul,
¿a mí el sol qué me importa? Nada espero del día.

Si pudiera seguirle en su larga carrera
por doquier yo vería el vacío y el páramo.
Nada quiero de todo lo que el sol ilumina,
nada quiero tener del inmenso universo.

Mas tal vez más allá de su curva celeste,
donde el sol verdadero otros cielos alumbraba,
si pudiera dejar mis despojos aquí
lo que tanto he soñado se mostrara a mis ojos.

Allí me embriagaría en la fuente deseada
y volviera a encontrar esperanza y amor,
ese bien ideal al que aspiran las almas
y que no tienen nombre aquí abajo en la tierra.

¡Si pudiera en el carro de la Aurora elevarme
vago fin de mis ansias, en el cielo hasta ti!

¿Por qué aún sigo atado a esta tierra de exilio?
Entre la tierra y yo nada existe en común.

Cuando la hoja del bosque cae sobre los prados,
cuando el viento nocturno la arrebató a los valles,
yo quisiera también ser esa hoja caída:
¡Arrastradme como ella, aquilones, borascas!

VÍCTOR HUGO**POEMA 2: EL MENDIGO**

Era un pobre que andaba en la escarcha y el viento.
Golpeé mi cristal; se detuvo delante
de mi puerta, que abrí con un gesto cortés.

Regresaban los asnos del mercado del pueblo,
con labriegos sentados en las toscas albardas.

Era el viejo que vive en aquella casucha
que está al pie de la cuesta, y que sueña esperando,
solitario, una luz de ese cielo tan triste,
de la tierra unos céntimos, el que tiende sus manos
hacia el hombre y las junta conversando con Dios.

Le grité: Puede entrar y caliéntese un poco.
Quise saber su nombre. Él tan sólo me dijo:
Yo me llamo el mendigo. Le cogí de la mano:

Adelante, buen hombre. Y ordené que trajeran
una jarra de leche. El anciano temblaba
por el frío; me hablaba, mientras yo, pensativo,
aunque hablándole, no conseguía escucharle.

Viene todo empapado, dije, tienda su ropa
aquí junto al hogar. Se arrimó más al fuego.

Vi su abrigo comido por polillas, que antaño
fuera azul, desplegado al calor de las llamas,
con mil puntos brillantes agujeros de luz
que mostraba el fulgor, ante la chimenea
como un cielo nocturno salpicado de estrellas.

Y entretanto secaba sus andrajos, chorreantes
de la lluvia y del agua de las hondas barrancas,
le veía como alguien que rebosa oraciones
y miraba, insensible a lo que ambos decíamos,
su sayal, refulgente de mil constelaciones.

POEMA 3

Caía de la roca el manantial
Gota a gota en el pavoroso mar.
El océano, que es fatal al nauta,
Le dijo: Di llorona, ¿tú qué quieres?

Yo soy la tempestad, soy el espanto;
Termino allí donde comienza el cielo.
¿Te necesito acaso siendo tú
tan pequeña cuando yo soy inmenso?

Respondió el manantial al mar amargo:
Sin gloria y sin estrépito te doy,
Oh vasto mar, lo que tú nunca tienes:
Un poco de agua para que alguien beba.

GERARD DE NERVAL (1808-1855)**POEMA 4: *EL PUNTO NEGRO***

Quien al sol cara a cara ha llegado a mirar
cree ver ante sus ojos como el vuelo obstinado
de una mancha plomiza que descubre en el aire.

Y cuando era aún muy joven, y a la vez más audaz,
en la gloria un instante fijé osado la vista:
en mis ávidos ojos se imprimió un punto negro.

Desde entonces, en todo, como un signo de luto,
allí donde se posa mi mirada, compruebo
que se posa también esa mancha negruzca.

¿Siempre va a interponerse entre la dicha y yo?
Oh, es que sólo las águilas -¡ay de mí, ay de nosotros!
pueden mirar impunes a la Gloria y al Sol.

POEMA 5. *LA PARADA*

Es un alto en el viaje y bajamos del coche;
caminando al azar, dejo atrás unas casas,
harto ya de caballos, del camino, del látigo,
fatigados los ojos, doloridos los huesos.

Y de pronto ante mí, el verdor y el silencio,
todo un húmedo valle que recubren las lilas,
el murmullo del agua entre los altos álamos...
¡y el camino y el ruido ya no son de este mundo!

Y me tiendo en la hierba y me escucho vivir,
y me dejo embriagar por el heno oloroso,
y me niego a pensar contemplando los cielos...
Una voz grita entonces: «¡Que nos vamos, señores!»

THÉOPHILE GAUTIER**POEMA 6: *EN LA NOCHE***

Cuando oímos crujir sordamente los muros,
cuando en la chimenea brotan múltiples ecos
que no son de este mundo, y con un ruido extraño
los tizones crepitan rodeados de un fuego
entre pálido y lívido, cuando hay viejos retratos
que hacen muecas por obra de los cambios de luz;
solitario, sentado, lejos de cualquier ruido,
¿es que acaso no os gusta mecer vuestras veladas
con relatos de aquellas maravillas de antaño?
Para mí es un placer; si en un viejo castillo
por azar he encontrado un pesado librote
entre el polvo de góticas librerías vetustas
hace tiempo olvidado, pero que tiene márgenes
con antiguas viñetas y fantásticas flores
y que brilla lo mismo que una extraña vidriera
con colores intensos ya no puedo dejarlo.
Virelaís y baladas, láis, leyendas de santos
milagrosos que curan los posesos del Diablo
y los pobres leprosos con tan sólo trazar
una cruz en el aire; cuando no son las crónicas
de las gestas de aquellos paladines sin miedo;
todo, todo mis ojos lo devoran ansiosos;
los relojes en vano doce veces avisan,
y es inútil que el búho chille al darse a la fuga
cuando hiere su vista la luz del candelabro
que ilumina el salón; continúo leyendo
mientras sobre la mesa de sepulcro la cera
se derrama formando oleadas y veo

que enrojece el cristal y que asoma a lo lejos
por oriente, en el cielo, el fulgor de la aurora,
la luz nueva del sol que amanece sonriendo.

POETAS ITALIANOS**GIACOMO LEOPARDI****POEMA 7: *EL INFINITO (CANTO XII)***

Amé siempre esta colina,
y el cerco que me impide ver
más allá del horizonte.
Mirando a lo lejos los espacios ilimitados,
los sobrehumanos silencios y su profunda quietud,
me encuentro con mis pensamientos,
y mi corazón no se asusta.
Escucho los silbidos del viento sobre los campos,
y en medio del infinito silencio tanteo mi voz:
me subyuga lo eterno, las estaciones muertas,
la realidad presente y todos sus sonidos.
Así, a través de esta inmensidad se ahoga mi
pensamiento:
y naufrago dulcemente en este mar.

POEMA 8: *A LA LUNA (CANTO XIV)*

Oh tú, graciosa luna, bien recuerdo
que sobre esta colina, ahora hace un año,
angustiado venía a contemplarte:
y tú te alzabas sobre aquel bosque
como ahora, que todo lo iluminas.
Mas trémulo y nublado por el llanto
que asomaba a mis párpados, tu rostro
se ofrecía a mis ojos, pues doliente
era mi vida: y aún lo es, no cambia,
oh mi luna querida. Y aún me alegra
el recordar y el renovar el tiempo
de mi dolor. ¡Oh, qué dichoso es
en la edad juvenil, cuando aún tan larga
es la esperanza y breve la memoria,
el recordar las cosas ya pasadas,
aun tristes, y aunque duren las fatigas!

POEMA 9: *LA VIDA SOLITARIA (CANTO XVI)*

La lluvia matinal, cuando las alas
batiendo, salta alegre la gallina
en la cerrada estancia, y el labriego
sale al balcón, y la naciente aurora
vibra su rayo trémulo, esmaltando
las transparentes gotas, en mi albergue
dulcemente llamando, me despierta.
Salgo, y la leve nubecilla, el canto
primero de las aves, la aura grata
y de las playas la quietud bendigo.
Harto os he conocido, infaustos muros
de la ciudad, en donde el odio sigue
y acompaña al dolor: ¡que en la desgracia
vivo y he de morir, quizás en breve!
Un resto de piedad tienes, Natura,
para mí en estos sitios ¡ay! un tiempo
más compasivos a mi mal. Tú apartas
del triste la mirada, y desdeñando
los dolores y afanes, a la reina

Felicidad te humillas. El que sufre
no halla en cielo ni tierra amiga mano,
ni otro refugio encontrará que el hierro.

Tal vez me asiento en solitaria parte,
sobre una altura que domina un lago
coronado de plantas taciturnas;
allí, cuando al cenit radiante asciende
el sol, refleja su tranquila imagen,
y ni hoja o yerba se conmueve al viento;
no se ve ni se siente a la redonda
encrespase las olas; ni su canto
entonar la cigarra; ni las plumas
el pájaro agitar entre las hojas,
o retozar la mariposa leve.
Calma profunda envuelve aquella orilla,
donde yo, inmóvil, reposando, casi
del mundo odioso y de mi ser me olvido;
y pienso que mis miembros se desatan,
que se extingue el sentir y que mi antigua
calma con la del sitio se confunde. [...]

A menudo verásme, solo y mudo,
errar por bosques y por verdes ribas,
o yacer en la yerba, satisfecho,
si aún el poder de suspirar me queda.

POEMA 10: CANTO XXXVIII FRAGMENTO

Aquí, vagando del umbral en torno,
la lluvia y la tormenta invoco en vano,
para que la retenga en mi morada.

Bramaba el huracán en la floresta
y el trueno retumbaba entre las nubes,
antes que el alba iluminase el cielo.

¡Oh amadas nubes, cielo, tierra, plantas!,
parte mi amor: piedad, si en este mundo
piedad existe para un triste amante.

¡Despierta, torbellino, y trata ahora
de envolverme, oh turbión, hasta el momento
que en otra tierra el sol renueva el día!

Se aclara el cielo, cesa el viento, duermen
las hojas y la yerba, y, deslumbrado,
de llanto el crudo sol llena mis ojos.

POEMA 11: CANTO XXXIX. FRAGMENTO

Extinto el diurno rayo en Occidente
Estaba, y quieto el humo de los pueblos
Y en silencio los canes y los hombres,

Cuando, de vuelta a la amorosa meta,
Ella se halló de nuevo en la llanura,
Más que nunca gentil y jubilosa.

Difundía su luz por todos lados,
Del sol hermana, y recubrió de plata
Los árboles que allí guirnalda eran.

Iban cantando al viento los ramajes,
Y con el ruiseñor que siempre llora
Dulcemente un arroyo iba gimiendo.

Límpido el mar lejano, y la campiña,

Y la floresta, y, una a una, todas
Las cimas de los montes descubriánse.

Yacía en quieta sombra el valle oscuro,
Y alrededor cubría a las colinas
Con su alba luz la rociadora luna.

Sola seguía la callada senda
Ella, y el viento que difunde aromas
Su rostro acariciaba dulcemente.

Es vano preguntar si alegre estaba:
Placer le daba aquello, y era el goce
Que le auguraba el corazón, más grande.

¡Cómo huisteis, serenas, bellas horas!
Ningún deleite en este mundo dura
Ni se detiene, sino la esperanza.

Vio turbarse la noche, oscurecerse
El aspecto del cielo, antes tan bello,
Y el placer convertírsele en espanto.

Un turbio nubarrón, padre del trueno,
Surgía tras los montes y crecía
Ocultando la luna y las estrellas.

Desplegarse lo vio por todas partes
Y ascender por el aire poco a poco
Formando un manto sobre su cabeza.

La luz se hacía más débil, y entre tanto
Despertábase el viento allá en el bosque,
Allá en el bosque, en el lugar querido.

Se hacía más pesado a cada instante,
Desvelando a las aves, que, espantadas,
Emprendían el vuelo entre las frondas.

Y la nube, al crecer, caía tanto
Hacia la orilla, que uno de sus bordes
Tocaba el monte, y otro el mar tocaba.

Ya todo en ciega oscuridad sumido,
Comenzábase a oír templar la lluvia
Y bramaba el turbión al acercarse.

Vibraba entre las nubes el relámpago
Horrible, haciendo que parpadeara;
Y era la tierra triste, el aire fuego.

Las rodillas fallábanle a la mísera;
Y ya mugía el trueno, semejante
Al torrente que cae desde lo alto.

A veces deteníase; aterrada,
La oscuridad miraba, y luego huía,
Tras ella los cabellos y el vestido.

Rompía con el pecho el duro viento,
Y frías gotas, por el aire oscuro,
Silbando, el dulce rostro le azotaban.

Como una fiera la seguía el trueno,
Rugiendo horriblemente y sin descanso,
Y crecía la lluvia y la tormenta.

En torno suyo era terrible todo:
Volar de hojas, polvo, ramas, piedras,

Y el estruendo que el alma ni imagina.

Cubriéndose los ojos fatigados
Del relampaguear, ceñido el traje,
El paso apresuró entre la tormenta.

Pero aún en su vista el rayo estaba
Brillando, hasta que al fin, por el espanto,
Dejó de caminar, desfallecida.

Retrocedió, pero en aquel instante
El cielo oscureciese sin relámpagos
Y el trueno enmudeció, cesando el viento.

Callaba todo; y ella era de piedra.

POETAS INGLESES

LORD BYRON

POEMA 12: *OSCURIDAD*

Tuve un sueño que no era del todo un sueño.
El brillante sol se apagaba, y los astros
Vagaban apagándose por el espacio eterno,
Sin rayos, sin rutas, y la helada tierra
Oscilaba ciega y oscureciéndose en un cielo sin luna.
La mañana llegó, y se fue, y llegó, y no trajo consigo el día,
Y los hombres olvidaron sus pasiones ante el terror
De esta desolación, y todos los corazones
Se congelaron en una plegaria egoísta por luz,
Y vivieron junto a hogueras, y los tronos,
Los palacios de los reyes coronados, las chozas,
Las viviendas de todas las cosas que habitaban,
Fueron quemadas en los fogones, las ciudades se
consumieron,
Y los hombres se reunieron en torno a sus ardientes
casas
Para verse de nuevo las caras unos a otros.

Felices eran aquellos que vivían dentro del ojo
De los volcanes, y su antorcha montañosa,
Una temerosa esperanza era todo lo que el mundo
contenía;
Se encendió fuego a los bosques, pero hora tras hora
Fueron cayendo y apagándose, y los crujientes troncos
Se extinguieron con un estrépito y todo quedó negro.

Las frentes de los hombres, a la luz sin esperanza
Tenían un aspecto no terreno cuando de pronto
Haces de luz caían sobre ellos; algunos se tendían
Y escondían sus ojos y lloraban; otros descansaban
Sus barbillas en sus manos apretadas y sonreían;
Y otros iban rápido de aquí para allá y alimentaban
Sus pilas funerarias con combustible y miraban hacia
arriba,
Suplicando con loca inquietud al sordo cielo,
El sudario de un mundo pasado, y entonces otra vez
Con maldiciones se arrojaban sobre el polvo,
Y rechinaban sus dientes y aullaban; las aves silvestres
chillaban
Y, aterrorizadas, revoloteaban sobre el suelo,
Y agitaban sus inútiles alas; los brutos más salvajes
Venían dóciles y trémulos; y las víboras se arrastraron
Y se enroscaron escondiéndose entre la multitud,
Siseando, pero sin picar, y fueron muertas para servir
de alimento.
Y la Guerra, que por un momento se había ido,

Se sació otra vez; una comida se compraba
Con sangre, y cada uno se hartó resentido y solo
Atiborrándose en la penumbra: no quedaba amor.
Toda la tierra era un solo pensamiento y ése era la
muerte
Inmediata y sin gloria; y el dolor agudo
Del hambre se instaló en todas las entrañas, hombres
Morían y sus huesos no tenían tumba, y tampoco su
carne;
El magro por el magro fue devorado,
Y aún los perros asaltaron a sus amos, todos salvo uno,
Y aquel fue fiel a un cadáver, y mantuvo
A raya a las aves y las bestias y los débiles hombres,
Hasta que el hambre se apoderó de ellos, o los muertos
que caían
Tentaron sus delgadas quijadas; él no se buscó comida,
Sino que con un gemido piadoso y perpetuo
Y un corto grito desolado, lamiendo la mano
Que no respondió con una caricia, murió.

Poco a poco la multitud fue muriendo de hambre; pero
dos hombres
De una enorme ciudad sobrevivieron,
Y eran enemigos; se encontraron junto
A las agonizantes brasas de un altar
Donde se había apilado una masa de cosas santas
Para un fin impío; hurgaron,
Y temblando revolvieron con sus manos delgadas y
esqueléticas
En las débiles cenizas, y sus débiles alientos
Soplaron por un poco de vida e hicieron una llama
Que era una ridícula; entonces levantaron
Sus ojos al verla palidecer, y observaron
El aspecto del otro, miraron y gritaron, y murieron.
De puro espanto mutuo murieron,
Sin saber quién era aquel sobre cuya frente
La hambruna había escrito "enemigo". El mundo
estaba vacío,
Lo populoso y lo poderoso era una masa,
Sin estaciones, sin hierba, sin árboles, sin hombres, sin
vida;
Una masa de muerte, un caos de dura arcilla.
Los ríos, lagos, y océanos estaban quietos,
Y nada se movía en sus silenciosos abismos;
Los barcos sin marinos yacían pudriéndose en el mar,
Y sus mástiles bajaban poco a poco; cuando caían
Dormían en el abismo sin un vaivén.
Las olas estaban muertas; las mareas estaban en sus
tumbas,
Antes ya había expirado su señora, la Luna;
Los vientos se marchitaron en el aire estancado,
Y las nubes perecieron; la Oscuridad no necesitaba
De su ayuda... Ella era el universo.

JOHN KEATS

POEMA 13:

¡Oh Soledad, si tengo que convivir contigo
que no sea en la maraña de oscuros edificios!
Asciende la ladera conmigo —observatorio
De la naturaleza—, desde donde esta cuenca,
Sus pendientes floridas, sus aguas cristalinas,
Ocupan sólo un palmo, y velaré contigo
Bajo un dosel de ramas, donde el brinco del ciervo
Asusta a las abejas sobre las dedaleras.
Pero aunque seguiremos con gozo estas escenas,
El placer de mi alma es el dulce diálogo
Con una mente pura cuyas palabras muestran

Ideas delicadas; seguro que esto es casi
La dicha más auténtica del espíritu humano:
Cuando a tus madrigueras van dos almas gemelas.

POEMA 14:

Quien mucho tiempo ha estado recluso en la urbe
Se siente satisfecho cuando mira el hermoso
Y amplio rostro del cielo y lanza una plegaria
En toda la sonrisa del azul firmamento.
¿Quién más feliz que el hombre que, contento de
ánimo,
se hunde fatigado en la hierba ondulante
de un cómodo escondrijo y lee una delicada
y complaciente historia de amor y languidez?
Y al regresar a casa, ya atardecido, atento
Para captar las notas de Filomela, y viendo
La brillante carrera de raudas nubecillas,
Se queja de que el día ya pasó sigiloso,
Como el breve transcurso de una lágrima de ángel
Que por el claro éter cae silenciosamente.

POEMA 15: AL PEÑÓN DE AILSA

¡Escúchame, escarpada pirámide oceánica!
¡Responde con tu voz, el grito de gaviotas!
¿Cuándo vastas corrientes te cubrieron los hombros?
¿Cuándo tu extensa frente te ocultaron del sol?
¿Cuánto hace que el inmenso poder te urgíó a elevarte
al aéreo reposo desde sueños profundos?
Duerme junto a los rayos del sol o junto al trueno,
O cuando nubes grises son tu frío techado.
Estás profundamente dormido; no respondes.
Tu vida es sólo dos eternidades muertas:
La última en el aire, la anterior en el piélago;
Primero con ballenas, y con águilas luego.
Hasta que el terremoto te alzó, ahogado estabas:
Otro ya no despierta tu estatura gigante.

POETAS ESTADOUNIDENSES**EDGAR ALLAN POE****POEMA 16: ANNABEL LEE**

Hace muchos, muchos años en un reino junto al mar
habitó una señorita cuyo nombre era Annabel Lee
y crecía aquella flor sin pensar en nada más
que en amar y ser amada, ser amada por mi.

Éramos sólo dos niños mas tan grande nuestro amor
que los ángeles del cielo nos cogieron envidia
pues no eran tan felices, ni siquiera la mitad
como todo el mundo sabe, en aquel reino junto al mar.

Por eso un viento partió de una oscura nube aquella
noche
para helar el corazón de la hermosa Annabel lee
luego vino a llevársela su noble parentela
para enterrarla en un sepulcro en aquel reino junto al
mar.

No luce la luna sin traérmela en sueños
ni brilla una estrella sin que vea sus ojos
y así paso la noche acostado con ella
mi querida hermosa, mi vida, mi esposa.

Nuestro amor era más fuerte que el amor de los
mayores
que saben más como dicen de las cosas de la vida
ni los ángeles del cielo ni los demonios del mar
separaran jamás mi alma del alma de Annabel Lee.

No luce la luna sin traérmela en sueños
ni brilla una estrella sin que vea sus ojos
y así paso la noche acostado con ella
mi querida hermosa, mi vida, mi esposa.

En aquel sepulcro junto al mar
en su tumba junto al mar ruidoso.
Hace muchos, muchos años en un reino junto al mar
habitó una señorita cuyo nombre era Annabel Lee
y crecía aquella flor sin pensar en nada más
que en amar y ser amada, ser amada por mi

Versión de Radio Futura

POEMA 17: LA CIUDAD EN EL FONDO DEL MAR

¡Mira! La muerte se ha izado un trono
en una extraña y solitaria ciudad
allá lejos en el sombrío Oeste,
donde el bueno y el malo y el mejor y el peor
han ido a su reposo eterno
Allí capillas y palacios y torres
(torres devoradoras de tiempo que no se estremecen)
no se asemejan a nada que sea nuestro.
En los alrededores, olvidadas por vientos inquietos
resignadamente bajo el cielo
las melancólicas aguas reposan.

No bajan rayos de luz del santo cielo
a esta ciudad de la eterna noche.
Pero una luz interior del lívido mar
proyecta silenciosas torrecillas
-resplandecen los pináculos por todas partes-
Cúpulas-agujas, salones reales
pórticos, paredes estilo babilónico,
sombrias y olvidadas glorietas
de hiedra esculpida y flores pétreas,
y muchos, muchos maravillosos santuarios
cuyos ensortijados frisos entrelazan
la viola, la violeta y la vid.

Resignadamente bajo el cielo
las melancólicas aguas reposan.
Tanto se mezclan allí las torres y las sombras
que parecen péndulos en el aire
mientras que desde una altiva torre en la ciudad
la muerte mira hacia abajo como desde una enormidad.

Allí los tiempos abiertos y las descubiertas tumbas
bostezan a nivel con las luminosas olas,
pero no las riquezas que allí yacen
en cada uno de los ojos de diamante del ídolo
-los muertos alegremente enojados no
tientan las aguas desde sus lechos;
pues no se rizan las ondas, ¡ay!,
en este desierto de cristal-
Ninguna agitación dice que los vientos pueden estar
en algún mar lejano y más feli-
Ninguna ola sugiere que los vientos han estado
en mares menos espantosamente serenos.

¡Pero, mira! ¡Algo se agita en el aire!

La ola. ¡Hay un movimiento allí!,
 como si las torres se hubieran apartado,
 sumergiéndose lentamente, la lenta marea,
 como si sus cimas débilmente hubieran dejado
 un vacío en el brumoso cielo.
 Las olas tienen ahora un brillo rojizo
 las olas respiran desmayadas y lentas.
 Y cuando ya no hay lamentos terrenales
 baja, baja esta ciudad hasta donde se quedará desde
 ahora.
 El infierno, elevándose desde mil troncos,
 le hará reverencias.

POEMA 18: PAÍS DE HADAS

VALLES de sombra y aguas apagadas
 y bosques como nubes,
 que ocultan su contorno
 en un fluir de lágrimas.
 Allí crecen y menguan unas enormes lunas,
 una vez y otra vez, a cada instante,
 en canto que la noche se desliza,
 y avanzan siempre, inquietas,
 y apagan el temblor de los luceros
 con el aliento de su rostro blanco.
 Cuando el reloj lunar señala medianoche,
 una luna más fina y transparente
 descende, poco a poco,
 con el centro en la cumbre
 de una sierra elevada,
 y de su vasto disco
 se deslizan los velos dulcemente
 sobre aldeas y estancias,
 por doquier; sobre extrañas
 florestas, sobre el mar
 y sobre los espíritus que vuelan
 y las cosas dormidas:
 y todo lo sepultan
 en un gran laberinto luminoso.
 ¡Ah, entonces! ¡Qué profunda
 es la pasión que ponen en su sueño!
 Despiertan con el día,
 y sus lienzos de luna
 se ciernen ya en el cielo,
 con inquietas borrascas,
 y a todo se parecen: más que nada
 semejan un albatros amarillo.
 Y aquella luna no les sirve nunca
 para lo mismo: en tienda
 se trocará otra vez, extravagante.
 Pero ya sus pedazos pequeñitos
 se tornan leve lluvia,
 y aquellas mariposas de la Tierra
 que vuelan, afanosas del celaje,
 y bajan nuevamente,
 sin contentarse nunca,
 nos traen una muestra,
 prendida de sus alas temblorosas.

POETAS ESPAÑOLES

JOSÉ DE ESPRONCEDA

POEMA 19: CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
 viento en popa, a toda vela,

no corta el mar, sino vuela
 un velero bergantín.
 Bajel pirata que llaman,
 por su bravura, El Temido,
 en todo mar conocido
 del uno al otro confín.

La luna en el mar ríela
 en la lona gime el viento,
 y alza en blando movimiento
 olas de plata y azul;
 y va el capitán pirata,
 cantando alegre en la popa,
 Asia a un lado, al otro Europa,
 y allá a su frente Istambul:

Navega, velero mío
 sin temor,
 que ni enemigo navío
 ni tormenta, ni bonanza
 tu rumbo a torcer alcanza,
 ni a sujetar tu valor.

Veinte presas
 hemos hecho
 a despecho
 del inglés
 y han rendido
 sus pendones
 cien naciones
 a mis pies.

Que es mi barco mi tesoro,
 que es mi dios la libertad,
 mi ley, la fuerza y el viento,
 mi única patria, la mar.

Allá; muevan feroz guerra
 ciegos reyes
 por un palmo más de tierra;
 que yo aquí; tengo por mío
 cuanto abarca el mar bravío,
 a quien nadie impuso leyes.

Y no hay playa,
 sea cualquiera,
 ni bandera
 de esplendor,
 que no sienta
 mi derecho
 y dé pechos mi valor.

Que es mi barco mi tesoro,
 que es mi dios la libertad,
 mi ley, la fuerza y el viento,
 mi única patria, la mar.

A la voz de "¡barco viene!"
 es de ver
 cómo vira y se previene
 a todo trapo a escapar;
 que yo soy el rey del mar,
 y mi furia es de temer.

En las presas
yo divido
lo cogido
por igual;
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

¡Sentenciado estoy a muerte!
Yo me río
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena,
colgaré de alguna antena,
quizá; en su propio navío
Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di,
cuando el yugo
del esclavo,
como un bravo,
sacudí.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

Son mi música mejor
aquilones,
el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.

Y del trueno
al son violento,
y del viento
al rebramar,
yo me duermo
sosegado,
arrullado
por el mar.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

POEMA 20: LA DESESPERACIÓN

Me gusta ver el cielo
con negros nubarrones
y oír los aquilones
horrisonos bramar,
me gusta ver la noche
sin luna y sin estrellas,
y sólo las centellas la tierra iluminar.

Me agrada un cementerio

de muertos bien relleno,
manando sangre y cieno
que impida el respirar,
y allí un sepulturero
de tétrica mirada
con mano despiadada
los cráneos machacar.

Me alegra ver la bomba
caer mansa del cielo,
e inmóvil en el suelo,
sin mecha al parecer,
y luego embravecida
que estalla y que se agita
y rayos mil vomita
y muertos por doquier.

Que el trueno me despierte
con su ronco estampido,
y al mundo adormecido
le haga estremecer,
que rayos cada instante
caigan sobre él sin cuento,
que se hunda el firmamento
me agrada mucho ver.

La llama de un incendio
que corra devorando
y muertos apilando
quisiera yo encender;
tostarse allí un anciano,
volverse todo tea,
y oír como chirrea
¡qué gusto!, ¡qué placer!

Me gusta una campiña
de nieve tapizada,
de flores despojada,
sin fruto, sin verdor,
ni pájaros que canten,
ni sol haya que alumbre
y sólo se vislumbre
la muerte en derredor.

Allá, en sombrío monte,
solar desmantelado,
me place en sumo grado
la luna al reflejar,
moverse las veletas
con áspero chirrido
igual al alarido
que anuncia el expirar.

Me gusta que al Averno
lleven a los mortales
y allí todos los males
les hagan padecer;
les abran las entrañas,
les rasguen los tendones,
rompan los corazones
sin de ayes caso hacer.

Insólita avenida
que inunda fértil vega,
de cumbre en cumbre llega,
y arrasa por doquier;
se lleva los ganados
y las vides sin pausa,

y estragos miles causa,
¡qué gusto!, ¡qué placer!

Las voces y las risas,
el juego, las botellas,
en torno de las bellas
alegres apurar;
y en sus lascivas bocas,
con voluptuoso halago,
un beso a cada trago
alegres estampar.

Romper después las copas,
los platos, las barajas,
y abiertas las navajas,
buscando el corazón;
oír luego los brindis
mezclados con quejidos
que lanzan los heridos
en llanto y confusión.

Me alegra oír al uno
pedir a voces vino,
mientras que su vecino
se cae en un rincón;
y que otros ya borrachos,
en trino desusado,
cantan al dios vendado
impúdica canción.

Me agradan las queridas
tendidas en los lechos,
sin chales en los pechos
y flojo el cinturón,
mostrando sus encantos,
sin orden el cabello,
al aire el muslo bello...
¡Qué gozo!, ¡qué ilusión!

POEMA 21: *EL MENDIGO*

Mío es el mundo: como el aire libre,
otros trabajan porque coma yo;
todos se ablandan si doliente pido
una limosna por amor de Dios.

El palacio, la cabaña
son mi asilo,
si del ábrego el furor
troncha el roble en la montaña,
o que inunda la campaña
El torrente asolador.

Y a la hoguera
me hacen lado
los pastores
con amor.
Y sin pena
y descuidado
de su cena
ceno yo,
o en la rica
chimenea,
que recrea
con su olor,
me regalo
codicioso
del banquete

suntuoso
con las sobras
de un señor.

Y me digo: el viento brama,
caiga furioso turbión;
que al son que cruje de la seca leña,
libre me duermo sin rencor ni amor.
Mío es el mundo como el aire libre...

Todos son mis bienhechores,
y por todos
a Dios ruego con fervor;
de villanos y señores
yo recibo los favores
sin estima y sin amor.

Ni pregunto
quiénes sean,
ni me obligo
a agradecer;
que mis rezos
si desean,
dar limosna
es un deber.
Y es pecado
la riqueza:
la pobreza
santidad:
Dios a veces
es mendigo,
y al avaro
da castigo,
que le niegue
caridad.

Yo soy pobre y se lastiman
todos al verme plañir,
sin ver son mías sus riquezas todas,
qué mina inagotable es el pedir.
Mío es el mundo: como el aire libre...

Mal revuelto y andrajoso,
entre harapos
del lujo sátira soy,
y con mi aspecto asqueroso
me vengo del poderoso,
y a donde va, tras él voy.

Y a la hermosa
que respira
cien perfumes,
gala, amor,
la persigo
hasta que mira,
y me gozo
cuando aspira
mi punzante
mal olor.
Y las fiestas
y el contento
con mi acento
turbo yo,
y en la bulla
y la alegría
interrumpen
la armonía
mis harapos
y mi voz:

Mostrando cuán cerca habitan
el gozo y el padecer,
que no hay placer sin lágrimas, ni pena
que no respire en medio del placer.
Mío es el mundo; como el aire libre...

Y para mí no hay mañana,
ni hay ayer;
olvido el bien como el mal,
nada me aflige ni afana;
me es igual para mañana
un palacio, un hospital.

Vivo ajeno
de memorias,
de cuidados
libre estoy;
busquen otros
oro y glorias,
yo no pienso
sino en hoy.
Y do quiera
vayan leyes,
quiten reyes,
reyes den;
yo soy pobre,
y al mendigo,
por el miedo
del castigo,
todos hacen
siempre bien.

Y un asilo donde quiera
y un lecho en el hospital
siempre hallaré, y un hoyo donde caiga
mi cuerpo miserable al espirar.

Mío es el mundo: como el aire libre,
otros trabajan porque coma yo;
todos se ablandan, si doliente pido
una limosna por amor de Dios.

ÁNGEL SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS

POEMA 22: *EL FARO DE MALTA*

Envuelve al mundo extenso triste noche,
ronco huracán y borrascosas nubes
confunden y tinieblas impalpables
el cielo, el mar, la tierra:

Y tú invisible te alzas, en tu frente
ostentando de fuego una corona,
cual rey del caos, que refleja y arde
con luz de paz y vida.

En vano ronco el mar alza sus montes
y revienta a tus pies, do rebramante
creciendo en blanca espuma, esconde y borra
el abrigo del puestro:

Tú, con lengua de fuego, aquí está, dices,
sin voz hablando al tímido piloto,

que como a un numen bienhechor te adora,
y en ti los ojos clava.

Tiende apacible noche el manto rico,
que céfiro amoroso desenrolla,
recamado de estrellas y luceros;
por él rueda la luna.

Y entonces tú, de niebla vaporosa
vestido, dejás ver en fórmulas vagas
tu cuerpo colosal, y tu diadema
arde al par de los astros. [...]

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

POEMA 23: XXVI

Tú eras el huracán y yo la alta
torre que desafía su poder:
¡tenías que estrellarte o que abatirme!
¡No podía ser!

Tú eras el océano y yo la enhiesta
roca que firme aguarda su vaivén:
¡tenías que romperte o que arrancarme!
¡No podía ser!

Hermosa tú, yo altivo: acostumbrados
uno a arrollar, el otro a no ceder:
la senda estrecha, inevitable el choque...
¡No podía ser!

POEMA 24: XXXV

Olas gigantes que os rompéis bramando
en las playas desiertas y remotas,
envuelto entre la sábana de espumas,
¡llevadme con vosotras!

Ráfagas de huracán que arrebatáis
del alto bosque las marchitas hojas,
arrastrado en el ciego torbellino,
¡llevadme con vosotras!

Nubes de tempestad que rompe el rayo
y en fuego ornáis las desprendidas orlas,
arrebatao entre la niebla oscura,
¡llevadme con vosotras!

Llevadme por piedad a donde el vértigo
con la razón me arranque la memoria.
¡Por piedad! ¡tengo miedo de quedarme
con mi dolor a solas!

POEMA 25: XXXVIII

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán.

Pero aquéllas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha a contemplar,
aquéllas que aprendieron nuestros nombres...
éas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madre selvas
de tu jardín las tapias a escalar
y otra vez a la tarde aún más hermosas
sus flores se abrirán.

Pero aquellas cuajadas de rocío
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer como lágrimas del día...
ésas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar,
tu corazón de su profundo sueño
tal vez despertará.

Pero mudo y absorto y de rodillas
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido... desengáñate,
nadie así te amará.

POEMA 26: XIII

Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueña tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo,
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas!

¡Ay!, pensé, ¡cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz como Lázaro espera
que le diga "¡Levántate y anda!"

POEMA 27: XVI

Cuando me lo contaron sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas,
me apoyé contra el muro, y un instante
la conciencia perdí de dónde estaba.

Cayó sobre mi espíritu la noche
en ira y en piedad se anegó el alma
¡y entonces comprendí por qué se llora!
¡y entonces comprendí por qué se mata!

Pasó la nube de dolor... con pena
logré balbucear breves palabras...
¿Quién me dio la noticia?... Un fiel amigo...
Me hacía un gran favor... Le di las gracias.

POEMA 28: LX

Cendal flotante de leve bruma,
rizada cinta de blanca espuma,
rumor sonoro
de arpa de oro,
beso del aura, onda de luz,
eso eres tú.

Tú, sombra aérea, que cuantas veces
voy a tocarte te desvaneces.
¡Como la llama, como el sonido,
como la niebla, como el gemido
del lago azul!

En mar sin playas onda sonante,
en el vacío cometa errante,
largo lamento
del ronco viento,
ansia perpetua de algo mejor,
eso soy yo.

¡Yo, que a tus ojos en mi agonía
los ojos vuelvo de noche y día;
yo, que incansable corro y demente
tras una sombra, tras la hija ardiente
de una visión!

POEMA 29: XI

Yo sé un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma una aurora,
y estas páginas son de ese himno
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirle, del hombre
domando el rebelde mezquino idioma,
con palabras que fuesen a un tiempo
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra
capaz de encerrarle, y apenas ¡oh! ¡hermosa!
si teniendo en mis manos las tuyas
pudiera al oído cantártelo a solas.

ACTIVIDADES.

1. El tema de la huida de la ciudad y el refugio en la naturaleza está presente en muchos poemas románticos. Analiza este motivo en los poemas 1, 5, 7, 8, 9, 11, 13, 14 y 24 y compáralos. ¿Cómo se presenta la naturaleza en estos poemas? ¿Qué elementos naturales se repiten con más frecuencia? ¿qué simbolizan?
2. Uno de los símbolos románticos más recurrentes es la luna y la oscuridad. Comenta la presencia de estos símbolos en los poemas 8, 11, 12, 17 y 18.
3. La naturaleza desbocada suele ser el marco idóneo para el alma romántica. En ella se refugian los protagonistas de numerosos poemas, o bien se componen imponentes apóstrofes dirigidas a algún elemento de la naturaleza que refleja el estado de ánimo turbulento y angustiado del protagonista (luna, noche, tormenta, mar embravecido...). Describe los diversos fenómenos naturales y su evolución en los poemas 1, 9, 10, 11, 15, 20, 22, 23 y 24. Distingue los textos en los que el protagonista se refugia en la naturaleza (o se aniquila en ella) de los que plasman una invocación o apóstrofe. Intenta establecer una correspondencia entre los fenómenos de la naturaleza y el estado de ánimo de los protagonistas. Finalmente, compara estos poemas con los del ejercicio 1. ¿Son los mismos fenómenos naturales? ¿Por qué?
4. El mito de Prometeo, el titanismo o el desafío a los dioses es otro de los motivos predilectos del Romanticismo. *Frankenstein* de Mary W. Shelley es el prototipo de obra que lleva al extremo este tema (también se encuentra, actualizado, en obras como *Niebla* de Unamuno y *Seis personajes en busca de autor* de Pirandello). Investiga sobre el mito clásico de Prometeo y sobre *Frankenstein*. Después analiza cómo cristaliza este motivo en los poemas 3, 4, 15, 19, 22 y 23. Finalmente, echa un vistazo a algunas secuencias de *Blade Runner*, una mítica película de ciencia ficción

dirigida por Ridley Scott en 1982 y protagonizada por Harrison Ford. En ella, un androide superinteligente que ha desarrollado recuerdos se rebela contra su creador porque quiere vivir más. Comenta la escena (La puedes ver en Youtube si tecleas “[Blade Runner Batty y Tyrell](#)”). Un comentario sobre la película y este motivo romántico lo puedes encontrar aquí:

<http://www.antroposmoderno.com/textos/bladerunner.shtml>.

5. Relacionado con lo anterior está la querencia romántica por los personajes libres, orgullosos y desafiantes. Muchos de ellos son marginados o inadaptados, como en los poemas 2, 19 y 21. Analiza este rasgo de personalidad en los protagonistas de estos textos. Comenta, a continuación, las diferencias entre los poemas 2 y 21, que llevan el mismo título. “El mendigo”.

6. El irracionalismo romántico promovía el gusto por lo siniestro, lo oscuro y tenebroso, lo fantástico. La presencia de la noche, de cementerios, de fantasmas, espectros, vampiros, muertos vivientes, demonios, esqueletos... es usual en estas obras. Encuentra todos los elementos de este tipo en los poemas 6, 12, 16, 17, 18 y 20.

7. El poema 12 (“Oscuridad” de Lord Byron) es un verdadero relato poético de ciencia ficción apocalíptica. Resume su contenido y relaciónalo con otros relatos o películas (seguro que has visto más de una) de este tipo que conozcas. Si te atreves, compón tú un cuento de ciencia ficción basándote en este poema.

8. El poema 16 (“Annabel Lee” de E. A. Poe) fue versionado por el grupo pop español Radio Futura. Escucha esta canción con el poema delante para visualizar mejor esta escena (también está en Youtube: teclea [Radio Futura Annabel Lee](#)). Esta historia de amor es una actualización romántica del clásico tópico amoroso del *amor más allá de la muerte*. Piensa en Tristán e Iseo, Romeo y Julieta (o en *Titanic*) y en el famoso poema de Quevedo “Amor más allá de la muerte” y después compara estas obras con el poema de Poe.

9. Fíjate en el cuadro de la portada del dossier. Se trata de “El caminante sobre el mar de nubes” (1818) del pintor romántico alemán Caspar David Friedrich.. Describe la escena. Luego imagina los sentimientos del protagonista. Ahora relaciona el cuadro con algunos de los poemas leídos. Justifica tu elección.

10. Es probable que, después de leer este dossier, tu imagen del romanticismo se haya ampliado un poco. Hoy en día el adjetivo romántico ha perdido parte de su significado original (básicamente se relaciona con el amor un tanto cursi). Por ello, ya estás preparado para escribir tu propio poema romántico, intentando emular el estilo o temática de los que has leído. Recuerda que la libertad formal era una de las premisas de estos autores, pero era demasiado pronto para el verso libre. Intenta utilizar una métrica adecuada y ¡déjate llevar por la pasión!

ANEXO

ROMÁNTICOS ALEMANES**FRIEDRICH HÖLDERLIN (1770-1843)****EL PASEO**

Hermosos bosques que cubren la ladera,
 En la verde pendiente dibujados,
 Por cuyas sendas me guío,
 Calmado en mi corazón
 Dulcemente cada espina
 Cuando más oscuro es el sentido
 Del dolor del pensamiento y del Arte
 Que desde tan antiguo en mí pesan.
 Deliciosas imágenes del valle,
 Jardines, árboles,
 Estrecho puentecillo,
 Arroyo que apenas puedo ver,
 Qué hermoso en la despejada lejanía
 Brilla el soberbio cuadro
 De este paisaje que amorosamente
 Visito, cuando el tiempo es benigno.
 Dulcemente la divinidad nos lleva
 Hacia el azul primero,
 Luego con nubes dispone
 La enorme y cenicienta bóveda,
 Y abrasadores rayos y estruendo
 De relámpagos, con embeleso de los campos,
 Con belleza unida
 A la fuente de la primitiva imagen.

EL CEMENTERIO

Pacífico lugar donde la joven hierba verdea,
 Donde hombre y mujer yacen y las cruces se elevan,
 Donde son conducidos los amigos,
 Donde claro cristal relumbra en las ventanas.
 Desde el alto resplandor del cielo
 De mediodía, hasta la Primavera que en tu silencio se demora,
 Nubes espirituales, grises y húmedas,
 La hermosura del apacible día, todos sobre ti pasan.
 Qué paz en este muro gris
 Sobre el que cuelgan los frutos de un árbol;
 Ramas negras cubiertas de rocío y de duelo,
 Pero que sin embargo muestran en sus frutos la belleza.
 Reina una oscura paz en la iglesia
 Y el altar es esta noche más recogido,
 Brillan aún en él los ornamentos²⁶,
 Canta un grillo en los campos del Verano.
 Cuando se escucha allí hablar al sacerdote,
 Junto al grupo de amigos
 Que acompañan al muerto. ¡Qué intimidad
 Y noble espíritu, que la piedad propician!

LA VIDA ALBOROZADA

Cuando a la pradera llego,
 A través de estos campos,
 Bueno y pacífico me siento,
 Invulnerable a los espinos.
 Mi ropa ondea en el viento,
 Y el alegre espíritu busca
 Su fondo, hasta
 Que hallado lo celebra.
 Oh dulce cuadro,
 Bajo los verdes árboles.
 Que mi paso detiene
 Como el letrero de una taberna.

La paz de los tranquilos días
 Me parece decididamente excelsa,
 Pero no preguntes nada,
 Pues yo he de decírtelo.
 Hacia el hermoso arroyo
 Afanosamente busco una alegre senda,
 Hasta que a mis ojos muestra
 Su serpentear por la salvaje ribera,
 El pequeño puente que airoso lo cruza
 Y que al bello bosque asciende;
 Donde el viento agita el puente,
 Alzo la vista alborozado.
 En lo alto de la colina
 Algunas tardes a reposar me siento,
 Mientras el viento alrededor de las cumbres silba
 Y suenan las campanas en la torre,
 La contemplación trae la paz a mi corazón
 Que unido queda a esa imagen,
 Aliviando sus dolores
 Más allá de la razón.
 ¡Paisaje amado! por cuyo centro
 Pasa el camino, tan llano,
 Y sobre él la pálida luna se eleva
 Cuando el viento del anochecer comienza,
 Donde más sencilla es la Naturaleza
 Y más grandiosas las montañas,
 A mi hogar regreso, pleno,
 En busca del dorado vino.

LOS HOMBRES

Cuando se nutre el hombre de sí mismo y el porvenir
 contempla,
 Es como cuando un día de otros días se diferencia,
 Y excelso se inclina el hombre hacia ese porvenir,
 Alejado de la Naturaleza y sin envidia.
 Como solo en otra enorme vida,
 Alrededor de la cual verdéase la Primavera, el Verano
 alegre se detiene
 Hasta que el año rápido desciende hacia el Otoño
 Y sin cesar las nubes nos envuelven.

EL ESPÍRITU DEL TIEMPO⁴³

La vida es la tarea del hombre en este mundo,
 Y así como los años pasan, así como los tiempos hacia
 lo más alto avanzan,
 Así como el cambio existe, así
 En el paso de los años se alcanza la permanencia;
 La perfección se logra en esta vida
 Acomodándose a ella la noble ambición de los
 hombres.

VISION

Imágenes que la plenitud del día a los hombres
 muestran,
 En el verdor de la llana lejanía,
 Antes de que la luz decline en el crepúsculo,
 Y la tenue claridad dulcemente serene los sonidos del
 día.
 Oscura, cerrada, parece a menudo la interioridad del
 mundo,
 Sin esperanza, lleno de dudas el sentido de los
 hombres,
 Mas el esplendor de la Naturaleza alegra sus días
 Y lejana yace la oscura pregunta de la duda.

EL INVIERNO

El campo está desnudo, en la alta lejanía sólo brilla
 El cielo azul, y como el perderse de senderos
 Muéstrase la Naturaleza, idéntica, los vientos
 Son frescos, y de claridad la Naturaleza se corona.
 A esa hora ver es posible desde el cielo
 La amplitud del día, por noche clara circundado
 Cuando en lo alto las estrellas aparecen,
 Y más espiritual la vida que se expande.

LA PRIMAVERA

Plena es el alma que puede sentir de nuevo esas horas,
 Cuando el hombre feliz contempla los campos,
 Y todos se preguntan cómo podrían
 A los placeres de la vida abrirse.
 Como la bóveda del cielo, que abre su inmensidad.
 Así es entonces la alegría de los valles libres.
 El corazón aspira la nueva vida,
 Los pájaros cantan, transformándose en melodía sus
 gemidos.
 El hombre que frecuentemente las más hondas
 preguntas se hace
 Habla entonces de esa vida de la que la palabra nace
 Sin que el dolor le muerda en el alma,
 Y dichoso su hacienda vigila.
 Su morada resplandece, bajo los altos vientos.
 El más vasto campo se rinde al hombre y los caminos
 Lejos se pierden más allá de la mirada,
 Y arrasados puentes cruzan sobre el río.

A Diotimia (2)

¡Bella vida! Tú vives, como leve brote de invierno,
 en este mundo agostado sola y callada floreces.
 Aire ansías, y luz, primavera que vierta su tibio
 resplandor, cuando buscas la infancia del mundo.
 Ya tu sol, ya tu tiempo feliz se ha ocultado,
 y en la noche glacial sólo hay fragor de
 huracanes.

A las parcas

Dadme un estío más, oh poderosas,
 y un otoño, que avive mis canciones,
 y así, mi corazón, del dulce juego
 saciado, morirá gustosamente.

El alma, que en el mundo vuestra ley
 divina no gozó, pene en el Orco;
 mas si la gracia que ambiciono logra
 mi corazón, si vives, poesía,

¡sé bien venido, mundo de las sombras!
 Feliz estoy, así no me acompañen
 los sonos de mi lira, pues por fin
 como los dioses vivo, y más no anhelo.

NOVALIS (1772-1801): HIMNOS A LA NOCHE (1800)

1
 ¿Qué ser vivo, dotado de sentidos, no ama,
 por encima de todas las maravillas del espacio que lo
 envuelve,
 a la que todo lo alegra, la Luz
 —con sus colores, sus rayos y sus ondas; su dulce
 omnipresencia—,
 cuando ella es el alba que despunta?
 Como el más profundo aliento de la vida

la respira el mundo gigantesco de los astros,
 que flotan, en danza sin reposo, por sus mares azules,
 la respira la piedra, centelleante y en eterno reposo,
 la respira la planta, meditativa, sorbiendo la vida de la
 Tierra,
 y el salvaje y ardiente animal multiforme,
 pero, más que todos ellos, la respira el egregio
 Extranjero,
 de ojos pensativos y andar flotante,
 de labios dulcemente cerrados y llenos de música.
 Lo mismo que un rey de la Naturaleza terrestre,
 la Luz concita todas las fuerzas a cambios innumerados,
 ata y desata vínculos sin fin, envuelve todo ser de la
 Tierra con su imagen celeste.
 Su sola presencia abre la maravilla de los imperios del
 mundo.
 Pero me vuelvo hacia el valle,
 a la sacra, indecible, misteriosa Noche.
 Lejos yace el mundo —sumido en una profunda gruta—
 desierta y solitaria es su estancia.
 Por las cuerdas del pecho sopla profunda tristeza.
 En gotas de rocío quiero hundirme y mezclarme con la
 ceniza
 —Lejanías del recuerdo, deseos de la juventud, sueños
 de la niñez,
 breves alegrías de una larga vida,
 vanas esperanzas se acercan en grises ropajes,
 como niebla del atardecer tras la puesta del Sol—.
 En otros espacios abrió la Luz sus bulliciosas tiendas.
 ¿No tenía que volver con sus hijos,
 con los que esperaban su retorno con la fe de la
 inocencia?
 ¿Qué es lo que, de repente, tan lleno de presagios, brota
 en el fondo del corazón y sorbe la brisa suave de la
 melancolía?
 ¿Te complaces también en nosotros, Noche obscura?
 ¿Qué es lo que ocultas bajo tu manto, que, con fuerza
 invisible, toca mi alma?
 Un bálsamo precioso destila de tu mano,
 como de un haz de adormideras.
 Por ti levantan el vuelo las pesadas alas del espíritu.
 Obscuramente, inefablemente nos sentimos movidos
 —alegre y asustado, veo ante mí un rostro grave,
 un rostro que dulce y piadoso se inclina hacia mí,
 y, entre la infinita maraña de sus rizos,
 reconozco la dulce juventud de la Madre—.
 ¡Qué pobre y pequeña me parece ahora la Luz!
 ¡Qué alegre y bendita la despedida del día!
 Así, sólo porque la Noche aleja de ti a tus servidores,
 por esto sólo sembraste en las inmensidades del espacio
 las esferas luminosas,
 para que pregonaran tu omnipotencia —tu regreso—
 durante el tiempo de tu ausencia.
 Más celestes que aquellas centelleantes estrellas
 nos parecen los ojos infinitos que abrió la Noche en
 nosotros.
 Más lejos ven ellos que los ojos blancos y pálidos de
 aquellos incontables ejércitos
 —sin necesitar la Luz,
 ellos penetran las honduras de un espíritu que ama—
 y esto llena de indecible delicia un espacio más alto.
 Gloria a la Reina del mundo,
 a la gran anunciadora de Universos sagrados,
 a la tuteladora del Amor dichoso
 —ella te envía hacia mí, tierna amada, dulce y amable Sol
 de la Noche—
 ahora permanezco despierto

—porque soy Tuyo y soy Mío¹—
 tú me has anunciado la Noche: ella es ahora mi vida
 —tú me has hecho hombre—
 que el ardor del espíritu devore mi cuerpo,
 que, convertido en aire, me una y me disuelva contigo
 íntimamente
 y así va a ser eterna nuestra Noche de bodas.

2

¿Tiene que volver siempre la mañana?
 ¿No acabará jamás el poder de la Tierra?
 Sinistra agitación devora las alas de la Noche que llega.
 ¿No va a arder jamás para siempre la víctima secreta del Amor?
 Los días de la Luz están contados;
 pero fuera del tiempo y del espacio está el imperio de la Noche.
 —El Sueño dura eternamente. Sagrado Sueño.—
 No escatimes la felicidad
 a los que en esta jornada terrena se han consagrado a la Noche.
 Solamente los locos te desconocen, y no saben del Sueño,
 de esta sombra que tu, compasiva,
 en aquel crepúsculo de la verdadera Noche
 arrojas sobre nosotros.
 Ellos no te sienten en las doradas aguas de las uvas,
 en el maravilloso aceite del almendro
 y en el pardo jugo de la adormidera.
 Ellos no saben que tú eres
 la que envuelves los pechos de la tierna muchacha
 y conviertes su seno en un cielo,
 ellos ni barruntan siquiera
 que tú,
 viniendo de antiguas historias,
 sales a nuestro encuentro abriéndonos el Cielo
 y trayendo la llave de las moradas de los
 bienaventurados,
 de los silenciosos mensajeros de infinitos misterios.

3

Antaño,
 cuando yo derramaba amargas lágrimas;
 cuando, disuelto en dolor, se desvanecía mi esperanza;
 cuando estaba en la estéril colina,
 que, en angosto y obscuro lugar albergaba la imagen de mí
 —solo, como jamás estuvo nunca un solitario,
 hostigado por un miedo indecible—
 sin fuerzas, pensamiento de la miseria sólo.
 Cuando entonces buscaba auxilio por un lado y por otro
 —avanzar no podía, retroceder tampoco—
 y un anhelo infinito me ataba a la vida apagada que huía:
 entonces, de horizontes lejanos azules
 —de las cimas de mi antigua beatitud—,
 llegó un escalofrío de crepúsculo,
 y, de repente, se rompió el vínculo del nacimiento,
 se rompieron las cadenas de la Luz.
 Huyó la maravilla de la Tierra, y huyó con ella mi tristeza
 —la melancolía se fundió en un mundo nuevo,

¹ Al reconocer su pertenencia a la Noche, el poeta cobra conciencia de la plena posesión de sí mismo.

insondable
 ebriedad de la Noche, Sueño del Cielo—,
 tú viniste sobre mí
 el paisaje se fue levantando dulcemente;
 sobre el paisaje, suspendido en el aire, flotaba mi espíritu,
 libre de ataduras, nacido de nuevo.
 En nube de polvo se convirtió la colina,
 a través de la nube vi los rasgos glorificados de la Amada
 —en sus ojos descansaba la eternidad—.
 Cogí sus manos. y las lágrimas se hicieron un vínculo centelleante, indestructible.
 Pasaron milenios huyendo a la lejanía, como huracanes.
 Apoyado en su hombro lloré;
 lloré lágrimas de encanto para la nueva vida.
 —Fue el primero, el único Sueño.—
 Y desde entonces,
 desde entonces sólo,
 siento una fe eterna. una inmutable confianza en el Cielo de la Noche,
 y en la Luz de este Cielo: la Amada.

HEINRICH HEINE (1797-1856)

Mi alma se parece al mar...

Mi alma se parece al mar:
 tiene olas y tempestades;
 pero en sus profundidades
 muchas perlas se han de hallar.

Nueva primavera

En su amor la mariposa
 Vuela de la fresca rosa
 Sobre el cáliz perfumado;
 Un rayo del sol ardiente
 La baña amorosamente
 Con su resplandor dorado.
 Pero ¿a quién ama la rosa?
 ¿Quién el amor de la hermosa,
 Quisiera saber, merece?
 ¿Es el ruiseñor que canta?
 ¿O el astro que se levanta
 Cuando la tarde decrece?
 No sé a quién la rosa adora:
 Pero mi pecho atesora
 Para todos tierno amor;
 Para todos, rosa bella,
 Rayo de sol, clara estrella,
 Mariposa y ruiseñor.

Pon en mi pecho, niña, pon tu mano....

Pon en mi pecho, niña, pon tu mano.
 ¿No sientes dentro lúgubre inquietud?
 Es que .en el alma llevo un artesano
 que se pasa clavando mi ataúd.

Trabaja sin descanso todo el día;
 y en la noche trabaja sin cesar;
 que acabes pronto, maestro, mi alma ansía,
 y me dejes en calma descansar.

Cuestiones

A orillas del mar desierto,
 Junto al piélago intranquilo,

Un joven lleno de dudas
 Se detiene pensativo,
 Y así a las ondas inquietas
 Dice con aire sombrío:
 -«Explicadme de la vida
 El arcano no sabido,
 Enigma que tantas frentes
 Ardieron por descubrirlo;
 Cabezas engalanadas
 Con adornos pontificios,
 Frentes con mitras hieráticas,
 Con turbantes damasquinos,
 Con birretes doctorales,
 Con pelucas, con postizos
 Cabellos, y tantas otras
 Cabezas que el escondido
 Enigma saber quisieron,
 Decidme, yo os lo suplico:
 ¿Qué es el hombre? ¿de dó viene?
 ¿Adónde va su camino?
 ¿Qué habita en el alto cielo
 Tras los astros encendidos →
 El mar su canción eterna
 Murmura triste y dormido;
 Sopla el viento; huyen las nubes;
 Los astros en el vacío
 Fulguran indiferentes
 Con sus resplandores fríos,
 Y un demente una respuesta
 Espera en tanto intranquilo.

Intermezzo lírico

Érase un caballero macilento,
 Trémulo, triste, silencioso y lento,
 Que vagaba al acaso,
 con inseguro paso,
 Siempre en hondos ensueños sumergido,
 Tan desairado y zurdo y distraído,
 Que susurraban flores y doncellas
 Al pasar, vacilante, junto a ellas.

Huyendo de los hombres a menudo,
 El lugar más recóndito escogía
 De la casa, y allí, anhelante y mudo,
 En la sombra los brazos extendía.-
 ¡Medía noche sonó!... Rara armonía
 Y voces peregrinas se escucharon
 Entre la vaga bruma,
 Y a la puerta, quedísimo, tocaron.

Con furtiva pisada,
 Su visión adorada
 Entra vestida de sonante espuma,
 Y como fresca rosa,
 La divinal hermosa
 Brilla, encanta y perfuma.
 Cúbrela tenue velo
 De vaporosas joyas adornado,
 Y la áurea cabellera en rizos suelta,
 En ondas baña su figura esbelta;
 Brillan sus ojos con la luz del cielo.
 Y en brazos uno de otro, al par lanzados,
 Se acarician los enamorados.

Contra el amante pecho,
 Con fuerza apasionada,
 La oprime el caballero en lazo estrecho;
 Y el soñador despierta,

Y la nieve se torna en llamarada,
 Y el pálido enrojece, y se convierte
 El temeroso en atrevido y fuerte.
 Mas ella, con engaño femenino
 Y sin igual destreza,
 Con el brillante velo diamantino
 Le envuelve, sin sentirlo, la cabeza.

Encantado al instante
 Se encuentra el caballero en un radiante
 Palacio de cristal, bajo la linfa
 De una tersa laguna sepultado.
 Absorto y deslumbrado
 Queda ante brillo tanto, mas la ninfa
 Del onda habitadora
 En sus brazos lo estrecha, lo enamora,
 Y en tanto, sus doncellas
 A la cítara arrancan notas bellas.

Y de modo tan dulce y lisonjero
 Cantan y tocan, que los pies se lanzan
 Al baile embriagador, y alegres danzan;
 Y siente el caballero
 Que, ya desvanecidos,
 Amenazan dejarle sus sentidos;
 Y a la ondina se enlaza
 Y estrechamente en su ansiedad la abraza.
 Más, de pronto se extingue
 La viva luz... ¡Oscuridad completa!...
 ¡Y a hallarse vuelve, solitario y triste,
 En su guardilla mísera el poeta!

ROMÁNTICOS INGLESES

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE (1772-1834)

Helada a medianoche

La helada cumple su secreto oficio
 sin ayuda del viento. Un búho deja
 su chillido en la noche -escucha- inmensa.
 Todos descansan ya y me entrego a esa
 soledad que propicia el desvarío.
 Tan sólo queda junto a mí, en su cuna,
 el reposado sueño de mi hijo.
 ¡Es tan tranquilo! Tanto que perturba
 el pensamiento con su extremo y raro
 silencio. ¡Mar, colina y arboleda,
 junto a este pueblo! ¡Mar, colina y bosque
 con los hechos diarios de la vida,
 inaudibles cual sueños! La azul llama
 se aquieta en el hogar y ya no tiembla;
 sólo esa cinta interrumpe la calma,
 agitándose aún sobre la verja.
 Su meneo en la calma de esta escena
 le da una semejanza con mi vida,
 la toma una amistosa forma cuyo
 endeble flamear hace un juguete
 del pensamiento y es interpretada
 a su modo por el alma, que busca
 en cada cosa espejo de sí misma(...)

El ruiseñor

...Y un bosque yo me sé,
 vasto, muy cerca de un castillo enorme,
 que su señor no habita. Y en el bosque
 los zarzales indómitos se enlazan

y quiebran los senderos, y la hierba apretada
y los botones de oro cubren las avenidas.
Mas nunca supe de un lugar tan lleno
de ruiseñores. Cerca o a lo lejos,
en árbol o zarzal, por todo el bosque,
se contestan e incitan en su canto,
con la pugna de trinos caprichosos,
murmullos musicales y rápidos gorjeos
y un leve silbo de mayor dulzura...
Tanto llenan el aire de armonía,
que, cerrando los ojos, olvidaría casi
que no era día. En los arbustos plateados
de luna, que abren leves hojuelas con relente,
tal vez los vieras sobre ramas finas,
sus ojos muy brillantes y redondos
centelleando, mientras un gusano de luz
ya su antorcha de amor alza en la sombra...

WILLIAM WORDSWORTH (1770-1850)

Ahora, mientras los pájaros cantan alegres melodías...

Ahora, mientras los pájaros cantan alegres melodías
y los pequeños corderos retozan
como si bailaran al son de un tambor,
a mí me invade la pena: un lamento me brindó alivio
pasajero
y ahora recobro la fortaleza.

Desde arriba, resuenan las trompetas de las cascadas,
un dolor mío no enturbiará otra vez la primavera.
Oigo los ecos que retumban en las montañas,
el viento llega hasta mí desde valles de ensueño
y mi mundo interior se vuelve feliz.

La tierra y el mar se entregan a la felicidad,
y a mediados de mayo cada animal se siente alegre.
¡Tú, hijo de esa alegría, grita a mi alrededor,
quiero oírte gritar, oh, pastor feliz!

Camposanto en el sur de Escocia

ACOTADO del hombre y al borde de una sima
donde el torrente espuma, veréis el cementerio.
Allí la liebre alcanza su más tranquilo sueño
y los elfos, nevados de luna, entran y danzan
para crédulos ojos. De aquelarre ni templo
no queda ya vestigio, pero allí se deslizan
desconsoladas gentes, que con velada angustia
le lloran su oración al viento y al celaje.
No hay tumbas orgullosas. Mas rudos caballeros,
que esculpiera el humilde querer de tiempos idos,
en tierra yacen, entre verdores de cicuta;
no es una mezcla triste, si quiebra el alba clara
el resplandor del césped, y cerca, en los arbustos,
coros primaverales entonan su alborozo.

Cielo tras la borrasca

De «*La Excursión*». Libro II

UN solo paso, que me libertó de los límites
de aquel ciego vapor, abrió a mis ojos
un tan vivo esplendor como no viera nunca

el despierto sentido ni el alma en sus ensueños.
Fué la visión, de pronto desplegada,
una inmensa ciudad; se hubiera dicho
gran selva de edificios, hacia lo hondo
retirada de algún ilimitado abismo,
naufragando entre glorias, ya sin fin.
Fábricas parecían de diamantes y oro,
cúpulas de alabastro y argénteas agujas
y encendidas terrazas sobre terrazas, hacia
lo alto; aquí, apacibles, brillantes pabellones,
en avenidas; torres, allí, adornadas
de almenas, que en sus frentes incansables
sostenían los astros, luciente pedrería.
La terrestre natura labraba aquel efecto
con la oscura materia de la borrasca, ya
apaciguada. En ella y en las cavernas y
en las faldas abruptas y en cresterías, donde
se habían los vapores retirado, fijando
su estancia bajo aquel cerúleo cielo.
¡Visión no imaginada! Nubes, nieblas,
arroyos, peñas húmedas y hierba de esmeralda,
nubes de cien colores y rocas y zafiro
de cielo: confundido, mezclado, en mutuo ardor,
fundido todo y componiendo,
todo en todo perdido, el asombroso adorno
de templo y ciudadela y palacio, y la ingente
y fantástica pompa de vagos edificios,
envueltos como en lana, en vastos pliegues...

El barranco encantado

No era ficción de tiempos remotos: una piedra
de azul celeste, al fondo del barranco sin sol,
muestra aún claramente las pisadas
que los pequeños elfos, en la escena pulida
dejaron, al danzar con brillante cortejo,
en festejos ocultos, tras el robo de un niño
dulce, como una flor, trocada por hierbajos,
con que intenta la madre abstraída acallar
su pena, si es posible. Pero decidme: ¿dónde
hallaréis un vestigio de las notas
que guiaron aquellos salvajes bailoteos?
¿En la tierra profunda o en las cumbres del aire,
en el nocturno cierzo o en los bancales donde
telarañas de otoño flotan en el crepúsculo?

Iba solitario como una nube...

Iba solitario como una nube
que flota sobre valles y colinas,
cuando de pronto vi una muchedumbre
de dorados narcisos: se extendían
junto al lago, a la sombra de los árboles,
en danza con la brisa de la tarde.

Reunidos como estrellas que brillaran
en el cielo lechoso del verano,
Poblaban una orilla junto al agua
dibujando un sendero ilimitado.
Miles se me ofrecían a la vista,
moviendo sus cabezas danzarinas.

El agua se ondeaba, pero ellas
mostraban una más viva alegría.
¿Cómo, si no feliz, será un poeta
en tan clara y gozosa compañía?
Mis ojos se embebían, ignorando
que aquel prodigio suponía un bálsamo.

Porque a menudo, tendido en mi cama,
pensativo o con ánimo cansado, 20
los veo en el ojo interior del alma
que es la gloria del hombre solitario.
y mi pecho recobra su hondo ritmo
y baila una vez más con los narcisos.

P. B. SHELLEY (1792-1822)

El espíritu del mundo

En lo hondo, muy lejos del borrascoso camino
que la carroza seguía, tranquilo como un infante en el
sueño,
yacía majestuoso, el océano.
Su vasto espejo silente ofrecía a los ojos
luceros al declinar, ya muy pálidos,
la estela ardiente del carro
y la luz gris de cuando el día amanece,
tiñendo las nubes, a modo de leves vellones,
que entre sus pliegues al alba niña acunaban.
Parecía volar la carroza
a través de un abismo, de un cóncavo inmenso,
con un millón de constelaciones radiante, teñido
de colores sin fin
y ceñido de un semicírculo
que llameaba incesantes meteoros.

Al acercarse a su meta,
más veloces aún parecían las sombras aladas.
No se columbraba ya el mar; y la tierra
parecía una vasta esfera de sombra, flotando
en la negra sima del cielo,
con el orbe sin nubes del sol,
cuyos rayos de rápida luz
dividíanse, al paso, más veloz todavía, de aquella
carroza
y caían, como en el mar los penachos de espuma
que lanzan las ondas hirvientes
ante la proa que avanza.

Y la encantada carroza su ruta seguía.
Orbe distante, la tierra era ya
el luminar más menudo que titila en los cielos,
y en tanto, en la senda del carro,
vastamente rodaban sistemas innúmeros
y orbes sin cuento esparcían,
siempre cambiante, su gloria.
¡Maravillosa visión! Eran curvos algunos, al modo de
cuernos,
y como la luna en creciente de plata, pendían
en la bóveda oscura del cielo; esparcían
otros un rayo tenue y claro, así Héspero cuando en el
mar
brilla aún el Poniente, apagándose; más allá se arrojaban
otros contra la noche, con colas de trémulo fuego,
como esferas que a la ruina, a la muerte caminan;
como luceros brillaban algunos, pero, al pasar la
carroza,
palidecía toda otra luz...

Filosofía del amor

Las fuentes se unen con el río
y los ríos con el Océano.
Los vientos celestes se mezclan
por siempre con calma emoción.
Nada es singular en el mundo:

todo por una ley divina
se encuentra y funde en un espíritu.
¿Por qué no el mío con el tuyo?

Las montañas besan el Cielo,
las olas se engarzan una a otra.
¿Qué flor sería perdonada
si menospreciase a su hermano?
La luz del sol ciñe a la tierra
y la luna besa a los mares:
¿para qué esta dulce tarea
si luego tú ya no me besas?

Prometeo liberado

Tú bajaste, entre todas las ráfagas del cielo:
al modo de un espíritu o de un pensar, que agolpa
inesperadas lágrimas en ojos insensibles,
o como los latidos de un corazón amargo
que debiera tener ya la paz, descendiste
en cuna de borrascas; así tú despertabas,
Primavera, ¡oh, nacida de mil vientos! Tan súbita
te llegas, como alguna memoria de un ensueño
que se ha tornado triste, pues fue dulce algún día,
y como el genio o como el júbilo que eleva
de la tierra, vistiendo con las doradas nubes
el yermo de la vida.
La estación llegó ya, y el día: esta es la hora;
has de venirte cuando sale el sol, dulce hermana:
¡llega, al fin, deseada tanto tiempo, y remisa!
¡Qué lentos, cual gusanos de muerte los instantes!
El punto e una estrella blanca aun tiembla, en lo hondo
de esa luz amarilla del día que se agranda
tras montañas de púrpura: a través de una sima
de la niebla que el viento divide, el lago oscuro
la refleja; se apaga; ya vuelve a rutilar
al desvaírse el agua, mientras hebras ardientes
de las tejidas nubes arranca el aire pálido:
¡se pierde! Y en los picos de nieve, como nubes,
la luz del sol, rosada, ya tiembla. ¿No se oye
la eólica música de sus plumas, de un verde
marino, abanicando al alba carmesí?...

Soy como un espíritu que mora...

Soy como un espíritu que mora
en lo más hondo del corazón.
Siento sus sentimientos,
pienso sus pensamientos
y escucho las conversaciones más íntimas del alma,
la voz que sólo se oye en el rumor de la sangre,
cuando el vaivén de los latidos
se asemeja al sosegado oleaje del océano estival.

He desatado la melodía dorada
de su alma profunda y me he zambullido en ella
y, como el águila en medio de la bruma y la tormenta,
he dejado que mis alas se adornasen
con el fulgor de los rayos.

Vino de hadas

Me embriagué de aquel vino de miel
del capullo lunar de zarzarrosa,
que recogen las hadas en copas de jacinto:
los lirones, murciélagos y topos
duermen entre los muros o en la hierba,
en el patio desierto y triste del castillo;
cuando el vino derraman en la tierra de estío

o en medio del rocío se elevan sus vapores,
de alegría se colman sus venturosos sueños
y, dormidos, murmuran su alborozo; pues pocas
son las hadas que llevan tan nuevos esos cálices.

A una violeta marchita

La flor ha perdido el aroma
que alentaba igual que tus besos.
Su color ya se ha diluido
tras brillar solamente en ti.

Su forma muerta, enjuta, hueca,
yace en mi pecho abandonado
burlando al corazón ardiente
con su quietud fría y callada.

Mis lágrimas no la reaniman.
Mis suspiros no la reviven.
Su suerte muda y resignada
debiera ser ahora la mía.

Tiempo

¡Insondable mar!, cuyas olas duran años,
Océano del tiempo cuyas aguas de profunda pena
Son salobres como lágrimas humanas.
Tu inundada orilla, en tu marea y movimiento
Supera los límites de la mortalidad.

Y, enfermo de presa, aullando aún más fuerte,
La furia que llevas dentro hace naufragar buques en tu
inhóspita orilla,
Traidor en la calma, y terrible en la tempestad,
¿Quién osará ponerse delante de ti, Insondable mar?

Un lamento

¡Oh mundo! ¡Oh vida! ¡Oh tiempo!
En cuyos últimos pasos yo subo
Temblando a donde antes había estado de pie,
¿Cuándo volverá tu gloria primera?
¡Nunca más, oh ya nunca más!

Fuera del día y de la noche
Una alegría ha tomado el vuelo;
La Primavera fresca y el Verano y el ocaso invernal,
Mueven mi débil corazón con pesar, pero con deleite.
¡Nunca más, oh ya nunca más!

Como una dama agonizante, pálida y lánguida

Y como una dama agonizante, pálida y lánguida,
Que se tambalea hacia adelante, envuelta en un velo
brumoso,
Fuera de su cámara, llevada por la locura
Y los débiles vagabundeos de su marchito cerebro,
La Luna se levantó en el Este oscuro,
Sólo una masa blanca e informe.

A la Luna

Estás pálida por el cansancio
De escalar inmensos cielos y mirar fijamente la tierra,
Errante y sin compañía
Entre estrellas que nacieron en distintas épocas,
Y siempre cambian, como un ojo triste,
¿Descubres así que ningún objeto merece su
constancia?

LORD BYRON (1788-1824)

Prometeo

¡Titán!, a cuyos ojos inmortales
los sufrimientos de la mortalidad,
vistos en su lastimera realidad,
no fueron de las cosas que los dioses menosprecian:
¿cuál fue de tu piedad la recompensa?
Un silente sufrir, e intenso;
la roca, el buitre y la cadena;
de dolores cuanto puede
advertir el altanero,
la agonía que no muestra,
la asfixiante sensación de la congoja,
que sólo habla en su aislamiento
y está después celosa de que tenga
un oyente el éter,
y no ha de sollozar
mientras su voz no esté sin eco.
¡Titán!, a ti se concedió la pugna
del sufrir y del querer,
que torturan cuando matar no pueden.
Y el Cielo inexorable
y la sorda tiranía del Hado
-el prevalente principio del Odio,
que para su deleite crea
las cosas que pueda aniquilarte
rehusaron aun la gracia de la muerte.
El triste don, la eternidad, fue tuyo,
y supiste soportarlo dignamente.
Cuanto te arrancó el Tonante fue
no más que la amenaza
que retorcieron contra él
los tormentos de tu ecúleo.
El dado supiste prever con todo acierto,
a él no se lo quisiste revelar para aplacarlo,
y en tu silencio estuvo Su condena,
y en Su alma un frívolo remordimiento;
y un temor maligno,
tan mal disimulado,
que en Su mano los rayos le temblaron.
Tu crimen divinal fue el ser benévolo,
hacer con tus preceptos
que fuera menos
la suma de las miserias humanas,
y esforzar al hombre mediante su propia mente.
Defraudado aunque fuiste por la Alto,
sereno en tu paciente energía,
en la fortaleza y la repulsa de tu espíritu impenetrable
que el cielo ni la tierra lograron conmovier,
de una potente lección te somos herederos:
tú eres un símbolo y un signo
para el hombre de su hado y de su fuerza.
Como tú, el hombre es divinal en parte,
-turbio torrente de una fuente pura -
y puede en las porciones
avizarar su propio, funeral destino,
su miseria y resistencia,
y su cuitada, sin aliados, existencia.
Frente al cual, puede su Espíritu
-émulo para toda pesadumbre -
emplazarse él,
y una firme voluntad y un pecarar profundo,
que hasta en la tortura logra vislumbrar
su propia, concentrada recompensa.
Triunfa si se atreve al desafío
y hace de la muerte una victoria.
Diodati, julio de 1815

Acuérdate de mí

Llora en silencio mi alma solitaria,
excepto cuando está mi corazón
unido al tuyo en celestial alianza
de mutuo suspirar y mutuo amor.

Es la llama de mi alma cual lumbre,
que brilla en el recinto sepulcral:
casi extinta, invisible, pero eterna...
ni la muerte la puede aniquilar.

¡Acuérdate de mí!... Cerca a mi tumba
no pases, no, sin darme una oración;
para mi alma no habrá mayor tortura
que el saber que olvidaste mi dolor.

Oye mi última voz. No es un delito
rogar por los que fueron. Yo jamás
te pedí nada: al expirar te exijo
que vengas a mi tumba a sollozar.

Camina bella, como la noche...

Camina bella, como la noche
De climas despejados y de cielos estrellados,
Y todo lo mejor de la oscuridad y de la luz
Resplandece en su aspecto y en sus ojos,
Enriquecida así por esa tierna luz
Que el cielo niega al vulgar día.

Una sombra de más, un rayo de menos,
Hubieran mermado la gracia inefable
Que se agita en cada trenza suya de negro brillo,
O ilumina suavemente su rostro,
Donde dulces pensamientos expresan
Cuán pura, cuán adorable es su morada.

Y en esa mejilla, y sobre esa frente,
Son tan suaves, tan tranquilas, y a la vez elocuentes,
Las sonrisas que vencen, los matices que iluminan
Y hablan de días vividos con felicidad.
Una mente en paz con todo,
¡Un corazón con inocente amor!

Canción del corsario

En su fondo mi alma lleva un tierno secreto
solitario y perdido, que yace reposado;
mas a veces, mi pecho al tuyo respondiendo,
como antes vibra y tiembla de amor, desesperado.

Ardiendo en lenta llama, eterna pero oculta,
hay en su centro a modo de fúnebre velón,
pero su luz parece no haber brillado nunca:
ni alumbra ni combate mi negra situación.

¡No me olvides!... Si un día pasaras por mi tumba,
tu pensamiento un punto reclina en mí, perdido...
La pena que mi pecho no arrostrara, la única,
es pensar que en el tuyo pudiera hallar olvido.

escucha, locas, tímidas, mis últimas palabras
-la virtud a los muertos no niega ese favor-;

dame... cuanto pedí. Dedicame una lágrima,
¡la sola recompensa en pago de tu amor!...